



CORONEL MARIO BENÍTEZ:
LOS DESCARGOS DE UN
OFICIAL DE GENDARMERÍA.
PÁGINA 4



WILL GUIDARA: EL
HOMBRE QUE INSPIRÓ LA
SERIE "THE BEAR" PÁGINA 6



CAROLINA GUTIÉRREZ
CONTESTA EL CUESTIONARIO
ESENCIAL PÁGINA 3



ALEJANDRO TABILO:
"ME GUSTARÍA VOLVER
AL TOP 20" PÁGINA 5



LA VIDA DESDE CUBA TRAS LA CAÍDA DE MADURO

Mientras los apagones se extienden hasta por 20 horas, la bencina se vende racionada en dólares y el mar arrastra basura hacia las calles de La Habana, Reinaldo Escobar, periodista disidente cubano y cofundador de 14ymedio, además de marido de la bloguera Yoani Sánchez, describe cómo la crisis cubana llega a una etapa de desgaste extremo.

POR MURIEL ALARCÓN

—¿Hasta dónde se puede aguantar? ¿Hasta dónde se puede resistir con toda esta presión?

Al teléfono, Reinaldo Escobar toma unos segundos para contestar. Periodista opositor, jefe de redacción del principal medio de comunicación de la disidencia cubana, 14ymedio, además de marido de la bloguera Yoani Sánchez, habla desde Camagüey, a 495 kilómetros de La Habana. Está unos días en la ciudad donde nació hace 79 años.

—Has introducido algo muy interesante —dice—. No me has preguntado hasta cuándo, sino hasta dónde. La diferencia es tremenda. Muchos me dicen: “¿Hasta cuándo va a ser esto?”. Pero la pregunta, en realidad, es hasta dónde va a llegar el deterioro; hasta dónde puede llegar el desmoronamiento de una sociedad, de un país en el que no es que ya no haya café o cigarro... es que puede que ya no haya ni agua.

En la mayor parte de las ciudades cubanas, explica Escobar, el agua se bombea desde acueductos que dependen de combustible y electricidad. Esa dependencia energética se volvió crítica tras la captura del expresidente venezolano Nicolás Maduro en enero. Los envíos de petróleo venezolano, por décadas la principal fuente de combustible para la isla, se interrumpieron casi por completo. Cuba perdió así su respaldo histórico y otros proveedores detuvieron su envío ante el temor de sanciones por parte de EE.UU.

En Cuba, añade Escobar, el combustible tiene dos destinos fundamentales: la producción de energía eléctrica —“la mayor parte de la termoelectricidad cubana funciona con combustible”— y el transporte.

La consecuencia fue inmediata: son frecuentes los apagones. En Camagüey pueden durar 15, 17 o hasta 20 horas. “Y no un día, sino todos los días”. La electricidad llega fragmentada. “Hay un gran desánimo. Muchos restaurantes y cafeterías han cerrado”. En la provincia, agrega, el deterioro se siente más que en La Habana, donde los cortes se extienden entre cuatro y seis horas.

El segundo impacto se percibió en el transporte. La gasolina dejó de venderse en moneda nacional y ahora solo se compra en dólares a los que pocos tienen acceso, mediante un sistema llamado “ticket”: una cola virtual donde los que se inscriben deben esperar que se les indique qué día y en qué gasolinera pueden adquirir un máximo de 20 litros. “Lo terrible es que cada día es más difícil encontrar”. El efecto se multiplica: taxis han triplicado sus tarifas. Camiones de basura ya no pueden ir a recolectar. CubaMax, una empresa con sede en EE.UU. que envía alimentos y otros productos básicos, suspendió sus envíos: su red de distribución no tiene combustible para repartirlos. Hay menos patrullas policiales en las calles porque la bencina también escasea para vehículos oficiales.

Sigue...

Pero pronto quedó claro que la escasez tocaba algo aún más delicado: la infraestructura básica que permite que el agua llegue a las casas. “Una ciudad no puede vivir sin agua. Agua para tomar, para cocinar, para vivir. ¿Cómo va a faltar el agua? Su ausencia puede obligar, sencillamente, a la evacuación de las ciudades”.

Estos días Escobar pasa tiempo con su familia. Cada viaje lo convierte en trabajo. Reportea para 14ymedio, que fundó en 2014 junto a Yoani Sánchez, quien lo dirige. El equipo lo integran, dice, “cuatro gatos” dedicados a lo esencial, entre diez y doce colaboradores en provincias y cuatrocientas personas que llaman por teléfono con información. Trabajan a distancia y publican cuando pueden: “Aprovechando las pocas horas en que hay electricidad, a las tres, cuatro de la mañana”.

Durante estos días fuera de La Habana, Escobar planea pasar por Nuevitas, un puerto al norte de la provincia; reunirse con el periodista independiente Henry Constantin, fundador de La Hora de Cuba, detenido en múltiples ocasiones; y visitar al padre Alberto Reyes, figura relevante de la Iglesia Católica en la isla. “Yo llevo 50 años ejerciendo la profesión de periodista. No puedo dejar de serlo ningún momento”.

El viaje de Escobar ocurre en medio de la denuncia que hizo el Ministerio del Interior de Cuba sobre un intento de “infiltración con fines terroristas” por parte de una lancha proveniente de EE.UU., que derivó en un tiroteo con fuerzas de seguridad de la isla y dejó cuatro muertos el miércoles 25 de febrero. El secretario de Estado estadounidense, Marco Rubio, anunció que su país responderá “en consecuencia”.

El episodio se produjo horas después de la conmemoración opositora por los 30 años del derribo de las avionetas de Hermanos al Rescate, organización del exilio cubano abatida por la Fuerza Aérea de la isla en 1996, luego de lanzar sobre La Habana volantes en apoyo a un encuentro de opositores. El hecho, ese año, dejó cinco pilotos civiles muertos.

Desde entonces, la fecha no pasa inadvertida: los opositores sortean restricciones de salida, teléfonos intervenidos y vigilancia. Escobar señala que, más allá de la coincidencia temporal, ambos hechos comparten un elemento: “una acción organizada por grupos cubanos en el exilio que tuvo una respuesta militar por parte del estado cubano”. Pero agrega que “la noticia de que es intento de infiltración viene de los medios oficiales. Suena un poco raro creer que unas lanchas no profesionales de ataque, es decir, que no pertenecían a la Armada de Estados Unidos y que venían con granadas de fabricación casera, tengan algo relacionado con el gobierno de los EEUU. Un intento de venir a secuestrar a alguien aquí”, dice. “Hasta ahora es un poco confusa la situación. Incluso algunos medios han sugerido que la inteligencia cubana sabía perfectamente lo que iba a ocurrir”.

—¿Cómo impacta esto?

—Impacta poco, porque en la inmensa mayoría de los cubanos hay muy poca fe de que una acción de esta naturaleza pueda provocar un cambio. Lo que sí es cierto es que ha habido una especie de respaldo político y moral de algunas personas dentro del entorno opositor cubano, diciendo cosas como: “somos pacíficos, vamos por la vía pacífica, pero respetamos los intentos que haga cualquier persona para hacer un cambio”. Es una solidaridad formal, diría yo, con una acción que los únicos que la repudian son el gobierno cubano.

“Desastre sobre desastre”

Reinaldo Escobar estudió periodismo en la Universidad de La Habana y comenzó su carrera en la prensa oficial, hasta que en los años ochenta fue expulsado de Juventud Rebelde, uno de los principales medios estatales, por sostener posturas críticas que incomodaban. Así cruzó hacia el periodismo disidente.

Hoy ejerce el oficio desde el piso 14 de un edificio de ventanas pequeñas y largos pasillos interiores, donde vive con Yoani Sánchez, a quien conoció cuando ella tenía 18 años y él, 46. Desde entonces trabajan juntos publicando contenidos desde la isla. En los 2000, el blog de Sánchez, Generación Y, alcanzó notoriedad internacional por ofrecer, desde La Habana, una crónica crítica de la vida bajo el régimen cubano, sorteando la censura estatal. La llevó a ganar premios como el Ortega y Gasset de Periodismo y a figurar en la lista de las 100 personas más influyentes de Time. Al lado de su departamento funciona su sala de prensa. De ahí el nombre: 14ymedio. Catorce por el piso; Y por Yoani; medio por medio de comunicación. “El periodismo es una de las profesiones más peligrosas del planeta. Aunque, bien mirado, quizá lo sean todavía más los probadores de aviones. Y posiblemente también los catadores de (alimentos) de presidentes (en riesgo de ser) envenenados: un té con plutonio es muy peligroso. Pero nosotros aquí estamos sometidos al riesgo permanente de que el día que el gobierno quiera, puede eliminarnos de un plumazo. Y no solamente tiene ese poder: cada vez que pueden, nos lo recuerdan”, dice. Trabajar allí, cuenta, también es una experiencia física. Desde hace años, Escobar se convirtió en el principal reparador del ascensor de su edificio. Falla con frecuencia, pero en las últimas semanas, con la prolongación de los apagones que se adelantan sin aviso, le ha tocado asumir ese rol más veces de lo habitual.

La Habana, cuenta, está dividida en sectores numerados —bloque uno, dos, tres, cuatro— y a cada uno se le asigna un horario programado sin electricidad. El edificio donde vive pertenece al cuatro. Si bien se anuncia, por ejemplo, que el servicio se interrumpirá de ocho de la mañana a dos de la tarde, “la quitan a las siete y media”. Y entonces siempre alguien queda atrapado. La empresa estatal de mantenimiento ya no puede cubrir tanta emergencia. A veces llegan bomberos sin especialización. “Es el desastre”, asegura. Entonces vuelve a aparecer: “Soy el que saca a la gente del elevador”.

La precariedad adquiere otra escala cuando se mira hacia la costa. Este invierno, relata, hubo tres grandes penetraciones del mar en la costa norte habanera, en el Vedado. Con la basura acumulada en las calles por la falta de su recolección, cada inundación arrastró toneladas de desechos y las dispersó por avenidas y sótanos.

“Toda esa zona es un enorme basural”, describe. Un amigo no puede salir por el olor a descomposición. Para Escobar, todo forma parte del mismo cuadro: “la depauperación de la ciudad”. A ese deterioro se superpone una crisis sanitaria que comenzó el año pasado con la expansión del chikungunya, enfermedad transmitida por el mosquito *Aedes aegypti* —también vector del dengue y el zika—, que ha dejado a miles de personas con secuelas prolongadas.

“Hay personas que llevan tres meses sin poder caminar bien o mover las manos”. Él mismo lo padeció: tenía las manos tan rígidas que necesitaba una herramienta para girar la llave de su casa y no podía hacer clic con el *mouse* del computador. “Es un desastre sobre el desastre”, resume.

—¿Cómo se vio el cambio tras la caída de Maduro?

—No me siento con la capacidad de decir cómo lo ven todos, porque hay miradas distintas. Hubo gente muy optimista, que festejó. Pero todavía hay presos políticos en Venezuela, no se han restituido plenamente los poderes civiles y no se habla de elecciones libres. (...) Maduro no está, pero eso no significa que la democracia haya regresado. También importa cómo se describe su salida. Puedo decir que fue extraído, detenido o secuestrado. Cada palabra implica una posición. Yo creo que fue un secuestro. Era un presidente ilegítimo, pero ocupaba el cargo. Y lo sintomático es que estaba siendo custodiado por especialistas en seguridad cubanos, algo que durante años fue negado oficialmente. Pero murieron 32 cubanos en su círculo de protección, y eso tuvo mucha repercusión aquí por el detalle de que nos estaban engañando. Todo el mundo sabía que en Venezuela había soldados, pero



“Veo más probable una estampida migratoria que una revuelta”, dice Escobar. La imagen es de La Habana.



Reinaldo Escobar y Yoani Sánchez en 2008 en La Habana. La conoció cuando ella tenía 18 años y él, 46. Desde entonces trabajan juntos publicando contenidos desde la isla.



Junto a Yoani, fundaron 14ymedio en 2014. Hoy publican aprovechando las pocas horas de electricidad.

eran suposiciones. Cuando esos muertos fueron recibidos oficialmente en Cuba, ya no se podía negar. Esos caminos tuvieron una repercusión importante, sobre todo porque se desmitificó con eso la supuesta invulnerabilidad de esa persona.

—En 1959 el cambio fue revolucionario. Si hoy hubiera un cambio de régimen, ¿cómo imagina que sería? ¿Gradual, abrupto?

—Bueno, primero pregunta si tú crees que va a suceder.

—¿Qué va a pasar?

—Soy una persona muy optimista. Pero me siento muy pesimista frente a esta situación. Es una creencia mía, no me lo dijo en secreto (el Presidente) Miguel Díaz-Canel, pero creo que el gobierno cubano tiene como plan esperar hasta noviembre, cuando creen que va a haber un cambio. No un cambio de gobierno de EE.UU., pero sí uno de gobernabilidad, porque ya Trump y los republicanos no van a tener la misma capacidad ejecutiva que tienen ahora. Y quizá ellos creen que en noviembre puede producirse relajación en la presión y pueden decir: bueno, si creemos o sabemos que esto es hasta noviembre, vamos a trabajar para resistir a tanto tiempo. Creo que esa es la posición que tiene el gobierno y con esa posición, pues sencillamente no van a sentarse a negociar. La pregunta es si se está negociando o no. Si nos atenemos a las informaciones oficiales del gobierno, no hay negociación. Ha negado rotundamente que esa negociación exista.

—Díaz-Canel dijo que en medio de toda esta tensión, Cuba estaba dispuesta al diálogo con EE.UU.

—Bueno, eso lo están diciendo hace 60 años. Hay algo que es esencial, que son las condiciones para el diálogo. Tienes un problema con un vecino tuyo. Tu vecino tira algo por aquí, hace ruido, lo que sea. Y llega un momento en lo que tú dices: “Oye, vecino, vamos a sentarnos a conversar este problema”. Y el vecino dice: “Estoy perfectamente dispuesto a conversar contigo, pero bajo las siguientes condiciones”. Y prácticamente no puedes reclamarle nada, porque entre esas condiciones está que no se le puede faltar el respeto, que es muy susceptible, que si tú le dices algo que no le gusta, se levanta de la mesa y se va. Entonces, bajo esas condiciones, es muy difícil. Y eso es lo que ha hecho el gobierno cubano. Lo primero que ha hecho es pretender ir a una mesa en igualdad de condiciones. Es decir, cuando el otro gobierno que quiera debatir con Cuba, que posiblemente sea un gobierno elegido en elecciones democráticas y con todas las estructuras que tiene una democracia, se va a sentar a negociar con alguien que no ha sido elegido, que es un dictador, ¿cómo va a estar en igualdad de condiciones? Y la otra cosa es cierta susceptibilidad hacia el tema de lo que se engloba como la soberanía. ¿Entonces, qué significa la soberanía? Bueno, no es la soberanía del pueblo, es la que tiene el gobierno sobre el pueblo. Entonces, meto preso a quien me dé la gana porque las leyes las puse yo y tú no puedes venir en una mesa de conversación a decirme que tengo que liberar presos políticos porque yo te digo: “Bueno, para usted es un preso político, pero desde mi punto de vista soberano son presos comunes. No son presos políticos”. Y entonces ya ahí se acabó el diálogo.

“Es aquí donde queremos estar”

—Trump dijo que su secretario de Estado Marco Rubio está hablando con Cuba sobre un acuerdo, pero que no considera necesaria una operación militar en el país similar a la que hizo en Venezuela. ¿Por qué Trump descartaría una operación militar en Cuba y qué riesgo o beneficios podría tener para Cuba llegar a un acuerdo con EE.UU.?

—Cuando Trump dice que no le parece necesario hacer una intervención militar, tiene sus razones: la capacidad militar de Cuba, el costo político y el éxito real que pueda tener. No es lo mismo ir a un lugar y llevarse al presidente que ocupar un país. Entonces, ¿de qué tipo de intervención estamos hablando? ¿A quién se van a llevar aquí? No se puede repetir el modelo de Venezuela. Aquí es muy difícil saber a quién se llevarían y qué utilidad tendría. Repetir el modelo no parece rentable. Cuando no tienes la opción, lo que queda es presionar: quitar el petróleo y luego poner condiciones para regresarlo. EE.UU. podría decir: todo el petróleo que Cuba compre se lo vendemos nosotros, pero para eso Cuba tiene que hacer esto, aquello y lo otro. Y ahí viene la pregunta: ¿cuáles son las concesiones que deberá hacer Cuba para contentar a Trump? Si se va a contentar con que Cuba acepte



“Toda esa zona es un enorme basural”, describe Reinaldo Escobar. “Un amigo no puede salir por el olor a descomposición”. La foto es de hace una semana.

que regresen las personas en plan migratorio que Cuba no ha aceptado antes y que hay que aceptar, el único que gana es Trump. Los cubanos no vamos a ganar nada porque a mí qué me importa que devuelvan personas. Yo vivo aquí. No va a cambiar mi vida ni eliminará la dictadura. Es decir: de la misma manera que en Venezuela no se ha regresado a la democracia ni se han realizado elecciones, bueno, pues aquí que ni siquiera ha habido una intervención de ese tipo, ¿qué está pretendiendo Trump? Eso no lo sabemos.

—¿Hasta dónde puede ser la sed, el hambre? ¿Puede provocar antes de noviembre una revuelta tan fuerte que el gobierno finalmente caiga igual?

—Bueno, veo más probable una estampida migratoria que una revuelta. Arrancan la puerta de la casa, le ponen dos bombas de automóvil arriba y se van para Haití, a República Dominicana. La respuesta migratoria ha ocurrido el 80, el 94, en una frecuencia bastante medible y ya tuvimos una revuelta muy importante el 11 de julio de 2021. Siempre que puedo, la defino como la acción popular antigubernamental de mayor envergadura de toda la historia de Cuba. (...) ¿Qué pasa? El gobierno aprendió. No se lo esperaba. Las redes sociales jugaron un papel muy importante y cuando hay el más mínimo atisbo de protesta en un lugar, retiran la internet, cortan la electricidad, nadie se entera y no tiene el efecto que tuvo. Por otra parte, está la represión de personas que están cumpliendo diez años de cárcel solo por salir a la calle, gritar libertad. Y eso tiene un efecto disuasorio en las personas.

—Cuando Rubio dice que la administración Trump amaría ver un cambio de régimen en Cuba, ¿se siente como una amenaza real?

—Hay quien lo siente como amenaza y hay quien lo siente como esperanza. Está el patriotismo de por medio: esta es nuestra tierra y nadie tiene que venir. Esto lo tenemos que arreglar nosotros. Sin ánimo de comparar, las comparaciones son siempre fatales: en 1989 Estados Unidos (invadió) Panamá, capturó al general Manuel Noriega y en barrios como El Chorrillo y otros lugares murieron miles de personas. Años después, Washington entregó el Canal y Martín Torrijos, hijo de Omar Torrijos, fue elegido presidente. Es decir, aquello de que si vienen los americanos el país se convierte en colonia eterna no ocurrió. Panamá es hoy un país independiente, aunque todavía recuerda el desastre de la invasión y conmemora a sus muertos. Los resultados son los resultados. Cuba no es lo mismo. Cuba es otro país. Tiene otra historia. Pero lo pongo como referencia.

—¿Una intervención de este tipo puede servir igual aunque venga de esta manera?

—No es lo que personalmente quisiera que ocurriera. Quisiera que mañana ellos se despertaran bajo la gloria de Dios, reconocieran sus errores e hicieran un proceso de renovación nacional, convocaran a elecciones, pero eso es muy difícil.

—¿Qué opina de la ayuda humanitaria para Cuba?

—Ayuda humanitaria es ayuda humanitaria. La pregunta es en qué se materializa esa ayuda. Si llegan a Cuba dos aviones conteniendo leche en polvo para los niños, pues eso está bien. Lo que no puede ser es que manden gas neuroparalizante para que la policía lo utilice en las manifestaciones contra el gobierno.

—Acá ha habido polémica por la ayuda que manifestó el gobierno de Boric que quería mandar a La Habana. ¿Es políticamente conveniente que Chile mande ayuda humanitaria, a su juicio?

—Cuando un gobierno democrático toma la decisión soberana de mandar una ayuda humanitaria a un país que está en una situación de desastre natural... Cuba ayudó a Chile de manera tremenda en aquel famoso terremoto que sacudió parte del país, mandamos médicos, alimentos, comida. Si Cuba ayudó a Chile en un momento terrible, en un terremoto que fue devastador... Bueno, este no es un terremoto producido por la naturaleza, sino producido por la política, y te puedo decir que fue más grave el terremoto de Chile que lo que está pasando en Cuba, y que Chile ayuda ahora a Cuba, pues no me parece mal.

—El ministro de Relaciones Exteriores cubano, Bruno Rodríguez, prometió que se impedirá una crisis humanitaria. ¿Qué opina?

—Es un absurdo decir eso. El gobierno de Cuba, que vive en crisis desde hace muchos años, no tiene absolutamente ninguna capacidad para impedirla. Puede que tenga alguna capacidad para paliar, para que no sea tan dañina para las personas vulnerables, para que se reparta mejor: eso es lo que puede prometer Bruno. Hasta ahí. Pero no puede prometer que va a impedir la crisis porque, como decimos, no sé si ustedes conocen el dicho, siempre está la pregunta: ¿con qué se sienta la cucaracha? —dice haciendo referencia a una expresión cubana que indica la imposibilidad absoluta de realizar algo.

—¿Qué significa su pesimismo, Reinaldo?

—El año que viene cumpla 80 años. Y quizás no voy a tener suficiente tiempo para ver el cambio que quisiera ver.

—Usted ha sido testigo de muchas crisis y levantamientos. ¿Cuáles son las singularidades del período actual que ve en Cuba?

—Es que, junto con la miseria, las diferencias sociales son más marcadas que en cualquier otro momento. En los años duros del llamado Período Especial —90, 91, 92— prácticamente todos estábamos en igualdad de condiciones, todos sufríamos lo mismo. Pero ahora hay personas empoderadas económicamente, con plantas eléctricas para resolver el problema de la electricidad, con paneles solares, con recursos, y eso marca una diferencia social. Cuando la crisis llegue, ya está llegando, a esas personas que marcaban una diferencia social, el impacto va a ser mayor.

—¿Qué le gustaría que el mundo no olvidara de los cubanos?

—Estamos aquí. La mayor parte de nosotros estamos en Cuba. Eso es el reconocimiento que tenemos en todas partes.

—¿No ha pensado en migrar?

—No.

—¿Por qué?

—No está en el plan de nuestras decisiones. Hemos conocido muchos países, hemos regresado a Cuba, y aquí estamos. Es aquí donde queremos estar. S

“Muchos me dicen: ‘¿Hasta cuándo va a ser esto?’. Pero la pregunta es hasta dónde va a llegar el deterioro; hasta dónde puede llegar el desmoronamiento de una sociedad, de un país en el que no es que ya no haya café o cigarro... es que puede que ya no haya ni agua”.